

¿CUÁNTO FALTA PARA BABILONIA?

JENNIFER JOHNSTON

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS Y NOTAS
DE LUCÍA BARAHONA LORENZO



Para David

Por mi condición de oficial y caballero, me han entregado mis cuadernos, pluma, tinta y papel. Así que escribo y espero. No estoy comprometido con ninguna causa, no amo a ninguna persona viva. El hecho de carecer de un futuro más allá de unas pocas horas no parece perturbarme en exceso. Al fin y al cabo, el futuro, tanto si es aquí como allí, me resulta igual de desconocido. Por tanto, mi único entretenimiento en estos días de espera es el pasado. Puedo jugar con algunos recuerdos que tal vez sean inexactos, mi propia interpretación de los hechos, si es que sirve de algo. No hay cabida para las especulaciones ni para la esperanza, ni siquiera para los sueños. Por extraño que parezca, creo que me gusta que sea así.

No he hablado con mi padre ni con mi madre. Ya habrá tiempo de sobra para que lo hagan otros cuando todo haya terminado. El hecho consumado. Al servicio de Su Majestad. ¿Por qué prolongar el dolor que inevitablemente sentirán? A él podría matarlo, pero, como me sucede a mí, tal vez esté mejor muerto. En cuanto a ella, mi corazón no siente compasión alguna.

Me tratan con el respeto supuestamente acorde a mi clase y con una contención que obedece, estoy seguro, al temor de que pueda estar loco. ¡Cuánto atemorizan a los hombres los demonios ocultos de la mente!

El comandante Glendinning no ha venido a verme, una bendición por la que me siento debidamente agradecido. Ya no podrá hacer de mí un hombre, aunque supongo que esto no le quitará demasiado el sueño. Hubo momentos en los que casi lo admiraba.

A estas horas el ataque debe de haber comenzado. Cien metros de tierra fúnebre, una colina coronada con un círculo de árboles que en Irlanda habrían pertenecido exclusivamente a las hadas, una granja, varias cabañas sin techo, lugares tranquilos e insignificantes que ahora son el centro del mundo para decenas de miles de hombres. El fin del mundo para muchos, los héroes y los cobardes, los amos y los esclavos. No tengo ninguna duda de que les estará lloviendo encima; la lluvia abundante y aciaga de febrero.

El padre viene a visitarme de vez en cuando. Ayer me enseñó la cruz de oro que lleva bajo una camisa de viyela sin mangas y que le aplasta el vello negro que parece desbordarse de su pecho.

—¿Tiene fe? —me preguntó.

No lo dijo exactamente así. Se expresaba de una forma más sofisticada y se apreciaba también cierta vergüenza al preguntar lo que en sus labios sonaba casi indecente.

—Nunca he pensado en ello, la verdad.

—Tal vez ahora sea el momento de hacerlo.

Estaba deseando que se marchara. No me apetecía entonces, ni tampoco ahora, participar en ningún debate espiritual, ese divertimento es para aquellos a los que les sobra el tiempo.

—Me temo que ya es un poco tarde, padre. La fe sirve para consolar a los vivos. Tengo la impresión de que para los muertos es irrelevante.

—Usted está vivo.

—Técnicamente.

—Tal vez el consuelo...

—Me siento reconfortado, gracias. Siempre... siempre me he preguntado por qué ustedes... ya sabe... ustedes...

—Alargué la mano y le toqué el alzacuellos—. Los ministros de Dios parecen sentirse muy satisfechos haciéndonos temer a la muerte. Regocijaos en el Señor. Venid ante su presencia con un cántico. No es del todo correcto, ya lo sé, pero el sentido es ese. Cantaría con mucho gusto:

¿Cuánto falta para Babilonia?

Sesenta millas y diez más, señor.

¿Llegaré allí para el ocaso?

Habrá ido y habrá vuelto, señor.¹

Graznaba más que cantaba. El padre levantó una mano disgustado.

—Su frivolidad me preocupa.

—Lo siento. No hace falta. Todos debemos morir a nuestra manera.

Volvió a meterse la cruz por debajo de la camisa y se la abrochó. Se marchó poco después. Lamenté haberlo angustiado.

Cuando era niño estaba solo. No trato de justificarme, tan solo constato un hecho. Estaba aislado de otros niños de

¹ *How Many Miles to Babylon?* es una canción infantil tradicional inglesa de comienzos del siglo XIX. Inicialmente, formaba parte de un juego de niños cantado con dos filas enfrentadas y un «cazador» en el medio. Al final de cada rima, los jugadores debían cruzar a la fila opuesta y todo aquel que fuera atrapado ayudaba al cazador a atrapar a los demás. Se han atribuido diversos significados a la canción, y es muy posible que la autora la emplee como una metáfora de la búsqueda universal del ser humano de algo más grande, ya sea un destino, un objetivo en la vida o un vínculo más profundo.

mi edad por las imperantes barreras de clase y educación. Tampoco es que recibiera una educación formal. Una serie de institutrices me impartieron un conjunto de materias hasta que a la mágica edad de diez años me encomendaron al ayudante de la parroquia, quien, seguramente para complementar unos ingresos exigüos, dedicaba varias horas al día a tratar de enseñarme matemáticas, literatura inglesa, conocimientos rudimentarios de francés y, por supuesto, latín. El latín era su materia, su rostro resplandecía de satisfacción cuando llegaba el momento de abrir alguno de los numerosos libros que traducíamos juntos. Los días en que me mostraba especialmente impertinente, tropezaba con las palabras, las descalabraba, y observaba con malicia la disolución palpable de su satisfacción. Desprendía un delicado olor a caramelo de menta. Cada hora más o menos se llevaba un par de dedos blanquecinos al bolsillo del chaleco y sacaba un caramelito blanco que se introducía en la boca, casi como si estuviera cometiendo un acto delictivo menor.

También estaba el profesor de piano, que venía una vez por semana en tren desde Dublín. Apenas lo recuerdo, salvo su ineptitud como profesor y la causa de su partida. Mi madre entraba en el salón hacia el final de cada lección y suspiraba intranquila en su butaca, impaciente ante la falta de progresos. Era un hombre nervioso que en presencia de ella casi enloquecía. Le temblaban las manos y empezaba a rascar distraídamente las manchas oscuras y reseca que adornaban la parte de delante de su chaqueta mientras me miraba tocar. El salón olía a madera de manzano y a césped y, en otoño, al aroma amargo de los últimos crisantemos de las macetas que se amontonaban en uno de los profundos ventanales; tonos amarillos, oro, bronce y blanco, como una segunda lumbre en la habitación. La caja de ébano

negro del Steinway de cola reflejaba las flores. El profesor de piano estaba absurdamente fuera de lugar.

Se levantó y se acercó a mi madre, haciéndole una reverencia mientras cruzaba la sala. Montones de pájaros dorados volaban en la alfombra azul bajo sus zapatos tristes. Debía de ser otoño, porque en mi cabeza el olor de las flores se enreda con sus palabras.

—Sí. Ah, sí. Está progresando mucho... el muchachito. Es evidente... Sí... Avances... Siento. Espero que se sienta...

Sus ojos apagados se movían nerviosos a medida que hablaba. Sus dedos rascaban y rascaban. Pronto, pensé en silencio, habrá un agujero.

—... satisfecha. —Se inclinó hacia ella al pronunciar esta palabra.

Sutilmente, ella alejó la cabeza de él.

—Ah, sí. Progresos. Supongo que algo así.

Con un gesto de la mano le indicó que podía marcharse y él se enderezó. Yo seguía sentado al piano sin moverme. Había perfeccionado la técnica de la escucha hasta convertirla en un arte. Podía quedarme, a mi antojo, tan quieto e invisible como una butaca o un centro de flores.

—Le ha transmitido buena parte de su talento, señora Moore, al... hum... muchachito.

Abrumado de repente por las manchas, extendió sus largos dedos grises sobre la parte delantera de la chaqueta, como dos estrellas de mar bien muertas en una playa. Toqué un arpeggio despacio y mi madre agitó la mano hacia la puerta.

—Su tren, señor Cave. Quiero decir que no debe perder...

—No. No. Por supuesto que no. Bien...

Hizo una pausa y echó un vistazo a la sala, como si tratara de memorizarla para pensar en ella en sus días más oscuros.

—Entonces, me voy. El tiempo y... bueno, eh,... los trenes no esperan a nadie.

Le dedicó una nueva reverencia a mi madre. Ella sonrió con los labios, pero su mirada lo atravesó como si no estuviera allí. Él se volvió hacia mí.

—Y tú, jovencito... Hasta el martes. No dejes de practicar.

Se dirigió a la puerta. De pronto algo me removió, algo parecido a un sentimiento hacia él, ya no recuerdo cuál. Me escurrí de la silla y lo seguí fuera de la sala por el oscuro vestíbulo de atrás. En la semipenumbra, alargó una mano y me apretó suavemente el hombro.

—Una mujer muy hermosa, que Dios la bendiga. Tan... Se quedó sin palabras.

—Vaya un jovencito afortunado eres con una mami tan preciosa.

—¿Tiene abrigo?

Tiré con ambas manos del pomo de latón de la puerta y esta se abrió, dando paso al viento del este. Varias cartas revolotearon en la mesa larga de caoba y, por un instante, las llamas espantadas se retorcieron tras la rejilla de la chimenea, antes de recobrar el equilibrio.

—¿Abrigo? Nada de abrigo, hijo. —Soltó una risita—. Nunca tengo frío.

Eso es mentira, pensé. Más bien era un hombre que jamás en la vida había experimentado calor, ni siquiera una alegría pasajera. Salió valerosamente a la noche, e inclinó una vez más la cabeza antes de bajar los escalones.

Cuando volví, padre estaba en el salón. Me quedé en el umbral al otro lado de la puerta y escuché lo que decían sus voces.

—... pero debe irse. Sencillamente, no soporto la idea de tenerlo más en esta casa.

—Mi querida Alicia, estás siendo ridícula.

—No. Ni mucho menos.

—Pero ¿qué puedo decirle?

—Cualquier excusa. Ya se te ocurrirá algo. Cualquier cosa. Desprende un olor deplorable.

—Pero no puedo decirle eso. Vamos, recapacita.

Oía el frufrú de la falda de madre moviéndose por la habitación.

—Debe de estar enfermo. Alguna enfermedad espantosa. Tengo la sensación de que va dejando su rastro por todas partes.

Abrió la ventana y el viento entró agitándose.

—Parece alguien a quien la vida hubiera devorado y no ha quedado nada salvo este olor terrible... Necesito aire, más aire.

Otra ventana rechinó al abrirse.

—Es un buen profesor. Tú misma lo has dicho.

—Frederick, no lo tolero más en esta casa. No puedo ser más clara. Enseñaré al niño yo misma.

Hubo un silencio muy largo. El rostro de mi padre apenas mostraría emoción. Su voz tampoco manifestaba emoción alguna, pero había veces en las que juntaba las manos y las retorció en un gesto de gran violencia. Madre nunca parecía percatarse o, si lo hacía, le resultaba del todo indiferente.

—Trayendo su enfermedad y su pobreza a mi salón. Le escribirás, ¿verdad?

Era una orden más que una pregunta. Mi padre dejó escapar un suspiro casi imperceptible.

—Si insistes...

—Por supuesto que insisto.

El profesor de piano no volvió a aparecer. Mi madre se aburría enseguida o la torpeza de mis dedos la exasperaba y, pasado un tiempo, las lecciones de piano cesaron.

Hasta donde yo sé, creo que fue al cumplir los doce años cuando surgió la cuestión de ir al colegio. Durante el día, el comedor era un espacio poco acogedor. Estaba orientado al norte y la luz fría se posaba en las paredes y en los muebles sin un ápice de cariño. El almuerzo era la única comida que compartía con ellos. En el desayuno y en la merienda masticaba a solas en la sala de estudio. Al menos podía leer o garabatear en mi libro de ejercicios el preparatorio que no había terminado en el tiempo reglamentario. No me importaba estar solo. Ahora que lo pienso, supongo que nunca había conocido otra cosa. Incluso con ellos estaba solo, y yo era lo único que hacía que ellos no lo estuvieran. Con esto no quiero decir que llevaran vidas recluidas. Al contrario, eran unos anfitriones excelentes, generosos, y es de suponer que también alegres, pero cuando esa parte de sus vidas permanecía inactiva, cada uno se retiraba a una especie de selva propia. Su único lugar de encuentro era el hijo.

El almuerzo, aquel día, casi había terminado. El queso y lo que debía de ser lo poco que quedaba del apio descansaban sobre la mesa. Al otro lado de la ventana, los narcisos ondulantes apenas habían comenzado a abrirse bajo los castaños más allá de la avenida. Una yegua con un potrillo pegado a su cola pastaba con soltura en la hierba de primavera.